

Prof. RUBEN JARAMILLO
 Universidad Nacional
 Filósofo

LA VIENA DE FREUD, SU CONTEXTO HISTORICO, POLITICO Y CULTURAL*

Quisiera aclarar dos o tres cosas. Resulta un poco pretencioso, desde luego, querer abarcar todo esto. En primer lugar, cuál es la Viena de Freud a que me voy a referir, y en cuanto a lo del contexto histórico, político y cultural, específicamente lo cultural va a ser tratado en este ciclo de conferencias por especialistas de los diferentes campos y yo sólo voy a hacer una mención muy sesgada, leyendo por ejemplo algunos fragmentos de novelas que tienen que ver con el hundimiento del imperio austrohúngaro. Pero naturalmente, el fuerte de mi intervención será el contexto histórico-político.

Deberíamos tener en cuenta varios periodos. Cualquier consideración tiene que comenzar con el 48, que es el año de la revolución. El 13 de marzo de 1848 la revolución, que había estallado en febrero en París, llega a Viena. La revolución burguesa o democrático-burguesa, cuyos principales agentes serán en una primera etapa los estudiantes, los artesanos y obreros, y sec-

El texto presenta un cuadro global de la situación del imperio austríaco a lo largo de la segunda mitad del Siglo XIX y en particular de Viena. Durante ese período Viena se transformó en una gran metrópoli caracterizada por múltiples contradicciones y tensiones, haciendo de ella la cuna de una cultura

ra muy original dentro de la cual se manifestó -en contraste con las vetustas estructuras de la monarquía- la conciencia moderna, uno de cuyos elementos más peculiares y vigorosos lo es precisamente la teoría de la libido y el psicoanálisis que ideara Sigmund Freud a finales del siglo.

tores de la burguesía liberal. Y en una segunda etapa la nobleza magiar húngara, en un contexto sumamente complejo, y los trabajadores, sobre todo en octubre. Naturalmente hay que comenzar por allí y yo lo haré. Luego hay que considerar un primer período hasta 1897, cuando es elegido Karl Lueger alcalde de Viena, con lo cual se hunde el liberalismo vienés, el muy venerable liberalismo vienés. Enseguida, a partir de 1897, los tres lustros que conducen al fin del imperio. El estallido de la primera guerra mundial, la muerte de Francisco José en el 16, la

revolución en el 18 y la proclamación de la República. El período de la República, que es muy complejo porque enfrenta a una capital dominada por los trabajadores y por la Social-Democracia con la provincia, muy católica, muy reaccionaria, muy antimoderna, que logra imponer como primer ministro a un sacerdote, Ignacio Seipel. Resultan muy interesantes en este sentido las memorias de un gran escritor austríaco, Ernst Fischer, que describe muy bien esta peculiar circunstancia. Y finalmente, en marzo de 1938 el

Anschluss, es decir la anexión de Austria al Gran Reich: la invasión alemana, que conduce a que Freud abandone Austria para establecerse en Londres, en donde morirá un año y medio más tarde.

Me referiré en realidad solo a la Viena en que se formó Freud, o sea a la primera etapa que mencioné, del 48 al 97.

Freud fue un pensador de muy lenta y seria gestación, él realizó estudios muy serios de medicina, de filosofía y literatura. Se desempeñó primero como

* Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Colombia el día 24 de Marzo de 1992 dentro del ciclo "La Viena de Freud. 1859 - 1938"

asistente en el laboratorio de fisiología de un eminente médico, Ernst von Brücke, su maestro, y apenas hacia 1895, con la orientación y la colaboración de un amigo mayor, el doctor Josef Breuer, publicó el primer trabajo que podemos considerar pertenece ya a su teoría, la teoría de la libido: los "Estudios sobre la Histeria".

Pero en realidad la aparición del primer gran libro de Freud coincide con el nacimiento del siglo. Se trata de *Die Traumdeutung*, que se ha traducido al español como *La Interpretación de los Sueños*. Es durante los últimos cinco años del siglo XIX que Freud, después de un desarrollo muy lento, sumamente serio y responsable, llega a formular su teoría, realmente revolucionaria, que divide en dos la comprensión de sí del ser humano. Y quisiera aprovechar la ocasión para subrayar también cuánto me agrada colaborar con el renacimiento de la revista de Psicología de la Universidad Nacional con un número dedicado a la obra de Sigmund Freud.

A Sigmund Freud lo podemos considerar vienés, él vivió en Viena desde 1860 hasta 1938. En su domicilio de la Bergasse 19 en el centro de Viena vivió desde 1891 hasta 1938, casi cincuenta años. Freud fue un vienés en el sentido específico de vienés de la segunda mitad del siglo XIX, porque durante este período la ciudad, que tenía menos de medio millón de habitantes en 1859 (el primer año en que se llevó a cabo un censo moderno), ya albergaba en 1880 algo más de 700.000 habitantes y en el 90 1.340.000, cuando se incorporaron a la ciudad los suburbios industriales y obreros. En 1900 ya tenía casi 1.700.000 habitantes, para llegar a los 2 millones en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

Pero Freud no había nacido en Viena. Como hijo de inmigrantes fue llevado de niño a la ciudad, a los cuatro años de edad, por sus padres, quienes, como tantas gentes particularmente en este período, se trasladaron a la capital.

En segundo lugar es Freud específicamente vienés en su calidad de intelectual judío, porque no sería concebible el esplendor espiritual de Viena por entonces sin el aporte de los judíos. No podríamos concebir a Viena sin la presencia del gran escritor Arthur Schnitzler, médico, hijo de un profesor de la Universidad, a quien Freud ciertamente distinguía con su amistad y veía como un precursor (en sus obras es frecuente la observación que se anticipa a las de Freud sobre la etiología de las perturbaciones mentales a partir de los traumas sexuales). No podríamos concebir a Viena sin la figura de Karl Kraus, el editor de la revista *Die Fackel* (La Antorcha), otro eminente intelectual judío que hasta nuestro siglo llegó a influir, por ejemplo, en Theodor Adorno. No podríamos concebir a Viena sin el filósofo Ludwig Wittgenstein; sin otro gran escritor: Joseph Roth, uno de los grandes novelistas del imperio finisecular. Y el más importante lírico de la Viena del 900, Hugo von Hoffmannsthal, descendía de judíos convertidos al catolicismo: un Hoffmann, proveniente de Praga, se había trasladado a finales del siglo XVIII a Viena y había sido ennoblecido por el emperador Francisco I en la era Biedermeier, adquiriendo por ello la partícula von y alargando su apellido. Este gran poeta, que además tenía una abuela italiana y había sido educado en el catolicismo, ya no tenía ningún vínculo con la sinagoga, pero en su poesía se refleja el eco de esta pertenencia. Podríamos hablar también, por ejemplo, de Otto Weininger, que escribe su obra *Sexo y Carácter* antes de suicidarse a los 27 años en la casa donde murió Beethoven. Y en el campo de la música deberíamos mencionar a dos gigantes, como Gustav Mahler y Arnold Schönberg, éste último un verdadero revolucionario en el terreno de la composición musical a través de la escala dodecafónica. De esta manera es pues Freud, en su calidad de hijo de emigrantes y en su calidad de intelectual judío, muy particularmente vienés.

Freud nació en el año de 1856 en una aldea de Moravia -Freiberg- que por entonces tendría apenas unos 4.500 habitantes, de ellos 150 judíos. Era hijo de Jacobo Freud, comerciante en lanas, y de su tercera esposa, Amalia Nathanson. Este es un dato sumamente interesante, porque como lo resaltan sus biógrafos, Ernst Jones y últimamente Peter Gay, Freud tuvo un sobrino un año mayor que él, compañero de juegos de infancia, porque los matrimonios anteriores de su padre ya habían dado frutos.

La familia de Freud era bastante pobre, todavía cuando estaba estudiando medicina tuvo que oír de sus profesores que él no podría de ningún modo dedicarse a la ciencia y tendría que ejercer la medicina, porque su situación económica no le iba a permitir consagrarse a la investigación como él lo quería. Jacobo Freud vivía en Freiberg del mercadeo de la lana, y la construcción de una nueva línea de ferrocarril polarizó hacia otro distrito el lugar de acopio y comercialización de dicho producto, de manera que cuando ya no era propiamente joven perdió la base material para alimentar una gran familia y se vió en la necesidad de emigrar, primero a Leipzig, en 1859, y al año siguiente a Viena.

En la familia de Freud las migraciones habían sido frecuentes, cuando en 1925 escribió su autobiografía relató allí que los Freud se habían establecido inicialmente en Colonia, pero que las persecuciones antisemitas de los siglos XIV y XV los había obligado a huir, primero hacia el nororiente de Europa, hacia Lituania, para regresar a comienzos del siglo XIX a través de Galicia al territorio del imperio. Cuando por esa época visitó Colonia, un rabino muy erudito de la ciudad le testimonió que efectivamente su familia había pertenecido a la muy importante colonia judía de la ciudad. No debemos olvidar que los judíos han estado en el Rhin durante dos mil años.

La familia se estableció entonces en Viena y el padre de Freud comenzó a recuperarse de la situación catastrófica en que lo había dejado aquel desplazamiento del comercio de la lana a que hicimos alusión. Al parecer, y es lo que sugiere Gay, los hijos del primer matrimonio, que se habían establecido en Manchester, le ayudaron. Habían prosperado en sus actividades comerciales y estaban en condiciones, según parece, de ayudar a su padre. De manera que Freud creció en un ambiente de estrechez económica, aunque la situación de su familia ya había mejorado algo tras la catástrofe a que se había visto sometida por los años en que él naciera en 1856.

En realidad Viena representaba por entonces, justamente por la época en que la familia de Jacob Freud se trasladó a la ciudad, una alternativa de progreso material y social para los judíos. Las grandes capitales del imperio significaban un refugio frente

al antisemitismo que por entonces estaba localizado más bien en el campo, en las aldeas. Es muy parecido al caso del padre de Franz Kafka -Hermann Kafka-, que se trasladó de su aldea natal a Praga, porque allí reinaba ya un ambiente más liberal y menos desfavorable a los judíos.

Cuando los Freud llegaron a Viena se establecieron en lo que había sido el antiguo ghetto judío, la **Leopoldstadt**, un barrio inmenso que se extiende a través del extremo noroeste de la ciudad. Allí vivían casi la mitad de los 15.000 judíos que por esa época residían en Viena. No todos eran miserables, inclusive vivían allí algunas familias bastante acomodadas, porque se sentían muy arraigadas en su pueblo. Hay que tener en cuenta, por lo demás, que en Viena existía ya desde la época de los emperadores una gran burguesía judía, hay que recordar que el Congreso de Viena había sido financiado por los Rotschild, que apenas

una generación antes habían salido del Ghetto de Frankfurt; y habían sido ennoblecidos por esta causa a propuesta del príncipe de Metternich, que dirige la política austríaca y prácticamente la política europea precisamente hasta la revolución del 48.

En realidad en Viena había todavía muchas posibilidades para los jóvenes judíos de talento y era frecuente que estos muchachos buscaran destacarse en las profesiones liberales, particularmente el Derecho y la Medicina, porque con las reformas que se introdujeron después de la revolución y particularmente a partir del año 60 disminuyeron las trabas que existían para su desarrollo intelectual y social. A partir de ese año, en el cual la familia Freud se instaló en la Leopoldstadt, en el barrio judío de Viena, una serie de decretos destinados a fundir y apuntalar la autoridad del Estado, a centralizarlo, en realidad lo liberalizaron. La prensa adquirió cierta libertad, los partidos políticos comenzaron a desarrollar una actividad libre de trabas y a educar a las masas en el sentido del liberalismo, para transformar a la monarquía en una monarquía constitucional según el modelo británico. Se estableció un **Reichsrat**, un parlamento que, aunque había sido pensado como órgano meramente consultivo, se convirtió en la realidad en un verdadero órgano legislativo que comenzó a discutir las leyes y a sancionar el presupuesto. Aunque no se trataba realmente de un proceso de amplia democratización porque el sistema electoral todavía era de tipo censitario, lo que significaba que sólo podían elegir a los diputados aquellos ciudadanos que poseían una renta y éstos no correspondían sino al 6% de la población.

Sin embargo, es evidente que para los judíos austríacos esta época era muy prometedora. El año de la revolución había traído consigo la legalización de los servicios religiosos judíos, el fin de impuestos especiales que ellos debían pagar y la igualdad con los cristianos en lo relativo al derecho a poseer bie-



nes raíces y a ejercer cualquier profesión u oficio, lo mismo que a ocupar cargos públicos. Hasta entonces no podía el judío elegir libremente su profesión ni podía poseer bienes raíces como los otros ciudadanos, no era propiamente un ciudadano. Albert Soboul ha dicho en un trabajo clásico sobre la actualidad de la Revolución Francesa que todo el siglo XIX en Europa fue un desarrollo de los principios de la revolución; uno de los actos de la revolución fue la emancipación de los judíos, de manera que tarde o temprano en todos los países de Europa esto empezó a realizarse. En la década del 50, a consecuencia de la revolución del 48 y pese a que ésta en últimas fracasó, se produjeron una serie de reformas en el sentido de una liberalización que hiciera posible el surgimiento y la consolidación de la sociedad burguesa, la sociedad civil.

En los años 50 empiezan a cuestionarse instituciones tradicionales, como las leyes que prohibían a las familias judías emplear a cristianos y a las familias gentiles a judíos, a las familias cristianas el utilizar el servicio de comadronas judías (aquí naturalmente y a propósito de Freud nos encontramos con un elemento muy profundo de prejuicio, casi que podríamos hablar con él de "angustia de contacto", porque no se podía permitir que una partera judía asistiera al nacimiento de un cristiano). Hacia 1867 se puede considerar que todas las discriminaciones legales contra los judíos habían sido suprimidas y cuando a partir de 1860 el liberalismo comienza a predominar en Viena los burgueses judíos de alguna condición material empezaron a promoverse políticamente.

Conocemos una anécdota muy impresionante de la infancia de Freud. En alguna ocasión él fue llevado por sus padres al Prater, un parque de Viena, en donde un poeta y adivino ganaba algún dinero recitando o haciendo adivinanzas a los clientes, y cuando fue llamado por el padre de Freud a la mesa predijo que el joven Sigmund

llegaría a ser ministro, lo cual para una familia judía vienesa representaría mucho porque significaba el acceso a la plenitud en el usufructo de sus derechos. Efectivamente, en el gabinete liberal de esos años hubo algunos representantes del judaísmo vienes.

Durante la década del 60 y más adelante, el liberalismo fue para los judíos de Viena un asunto de principios, pero también de prudencia; era la única posibilidad de protegerse frente al fanatismo de los clérigos de la iglesia católica romana (en Austria el antisemitismo siempre estuvo muy vinculado al partido clerical y lo vamos a ver más adelante en el derrumbe del liberalismo vienes, el papel que juega el Partido Social-Cristiano del Dr. Lueger). Los judíos veían en el liberalismo una protección ante las impresionantes persecuciones a que habían sido sometidos desde la edad media y Freud adhirió muy sinceramente al liberalismo, se consideraba un "viejo liberal" y durante toda su vida consideró al catolicismo romano como el principal enemigo de la emancipación de los judíos. En la época en que el joven Freud empezaba a pensar sobre estos asuntos, el propio rabino de Viena -el Dr. Adolf Jellinek- recomendaba a los judíos alinearse con mucha sinceridad en la defensa de la constitución y en las fuerzas del liberalismo; un publicista y rabino, Joseph Samuel Bloch, recitaba un verdadero catálogo de las virtudes del liberalismo, decía que él "más que una doctrina, más que un principio conveniente, era el asilo espiritual del judío, su puerto seguro, su derecho a la libertad, su diosa protectora, la reina de su corazón".¹ Lo cual explica que en ese clima de liberalismo los hijos de los emigrantes judíos, sobre todo de los judíos del oriente, que eran particularmente pobres y esforzados, comenzaran a hacer una gran carrera. Los judíos se distinguieron siempre por su gran capacidad de trabajo y así como la generación de los padres -muchos de ellos miserables como en el caso de Hermann Kafka- llegaban a las ciudades para, a través de un persis-

tente esfuerzo de acumulación, hacerse a una posición y un reconocimiento en la sociedad burguesa, los hijos de estos judíos comerciantes se destacaban como abogados, como intelectuales, como médicos.

En la década de 1880 ya se podía constatar que por lo menos la mitad de todos los médicos, abogados y periodistas de Viena eran judíos, lo que naturalmente despertaba un gran resentimiento en el resto de la población, resentimiento que va a ser explotado por la misma época por demagogos como Karl Lueger y von Schönerer, de quienes vamos a hablar enseguida. Es muy interesante, por ejemplo, constatar en una de las dos grandes novelas de Arthur Schnitzler: *Teresa, Crónica de la Vida de una Mujer* (la única que está traducida al español y publicada hace ya 40 años por Guillermo de Torre en la colección de Grandes Novelistas de Nuestro Tiempo de la editorial Losada, que resulta muy característica porque refleja a través de la biografía de una mujer el ocaso del imperio austrohúngaro: relata la historia de una muchacha empobrecida de origen noble que termina prostituyéndose en Viena), de qué manera su hermano, que espera en vano ser admitido a la facultad de medicina en Viena, manifiesta un gran resentimiento por el hecho de que en la facultad haya muchos judíos y termina vinculándose a un partido antisemita. Bueno, el caso de Adolf Hitler unos años más tarde va a ser similar: el resentimiento que acumulará contra los judíos cuando no pudo ser admitido a la Facultad de Arquitectura en Viena hacia 1908 lo convertirá luego en ese paranoico delirante que terminará por cometer el más grande genocidio en la historia de la humanidad.

El crecimiento de la comunidad judía era un resultado de la inmigración permanente que impulsaba a los jóvenes judíos a realizar un gran esfuerzo cultural que los convertía en miem-

1. Referido por Peter Gay: *Freud, una Vida de Nuestro Tiempo*. Paidós, Barcelona, 1990. pág. 40



bros de una verdadera élite a pesar de constituir una minoría en la ciudad. Ya he dicho que cuando el niño Freud llega a Viena vivían allí según el censo unos 15.000 judíos, es decir, un poco más del 2% de la población. Pero 10 años más tarde, como consecuencia de una legislación favorable y de las mejores oportunidades económicas que ofrecía la ciudad, los judíos habían llegado en grandes oleadas y ascendían a 40.000. En 10 años pasaron de constituir el 2% a constituir el 6% de la población. Inclusive se cuenta una anécdota del maestro de Nietzsche, Jacobo Burckhardt, quien visitó Viena en 1872 y escribió que los judíos estaban gobernando la ciudad. En 1880, cuando ya los judíos eran 72.000, uno de cada diez habitantes de Viena era judío.

En este sentido es pues Freud un vienés muy típico, un vienés muy característico, y vuelvo a repetir que sería absolutamente inconcebible la extraordinaria floración cultural y espiritual de Viena a finales del siglo sin el aporte del elemento judío. Un escritor judío -Jacob Wassermann, hoy en día muy olvidado pero que hasta los años 20 y 30 fue muy leído-, recordando su estancia en Viena a finales del siglo

decía: "casi todas las personas con las que he estado en contacto cordial e intelectual eran judíos, pronto reconocí que toda la vida pública estaba dominada por judíos, la banca, la prensa, el teatro, la literatura, las funciones sociales, todas estaban en manos de judíos". Y Arthur Schnitzler, a quien ya me he referido y que es uno de esos grandes novelistas, como Musil y Joseph Roth, que describen el derrumbe del imperio, escribía en sus memorias: "En aquellos días -el período del liberalismo en florecimiento tardío-, el antisemitismo existía, como ha existido siempre, como una emoción en los numerosos corazones que se inclinaban ante él, y como una idea con grandes posibilidades de desarrollo, pero no desempeñaba un papel importante política o socialmente. Ni siquiera se había inventado todavía la palabra y aquellos a quienes no les gustaban los judíos eran llamados, burlescamente, 'devoradores de judíos' (Judenfresser)".²

En realidad, en los círculos cultivados de la sociedad era considerado de muy mal gusto, por decirlo así, cualquier consideración en ese sentido, y es que esos círculos tan cultos de la alta burguesía vienesa eran frecuentados y

sostenidos por familias judías. Eran muy importantes en ese sentido las tertulias, los "salones". Rememorando un poco la importancia que tuvieron en el proceso de la ilustración francesa del siglo XVIII e inclusive durante la revolución, tal vez valga recordar que también en Viena estos escenarios de la vida público-política y cultural tuvieron una gran significación.

El Salón de la familia Wertheimstein por ejemplo. Esta era una de las más antiguas familias de burgueses judíos. El primer Wertheim había sido un banquero palatino, adscrito al palacio del Emperador Leopoldo I, que lo ennobleció a comienzos del siglo XVIII (por lo cual sus descendientes alargaron el apellido). Era una familia impregnada de cultura que patrocinaba tertulias y en una de ellas tuvo Freud la oportunidad de conocer a un hermano de Josephine von Wertheimstein, el gran historiador y filósofo Theodor Gomperz, que le encargó la traducción del volumen XI de los escritos de John Stuart Mill. El profesor Gomperz tenía a su cargo la edición de las Obras Completas de este pensador liberal inglés y le pidió al joven Freud, que había sido recomendado por el filósofo

2. Idem, Op. Cit. pág. 44

fo Franz Brentano, uno de sus profesores, que tradujese aquello. Freud, que conocía sumamente bien el inglés, asumió esta tarea y tradujo este texto mientras cumplía el año de servicio militar.

Todo esto nos remite necesariamente a la revolución del 48, que tuvo como resultado también el levantamiento de la servidumbre, porque los grandes terratenientes y grandes señores se dieron cuenta de que ella constituía un elemento explosivo en el momento en que la burguesía liberal intentara de nuevo un enfrentamiento con el absolutismo: por razones conservadoras, si se quiere, preventivas de una revolución burguesa, se levantó la servidumbre.

La revolución del 48 fue aplastada luego por las tropas, no sólo en Austria, sino también en las provincias que se encontraban bajo el dominio de la corona. El levantamiento de Milán, por ejemplo, había significado la expulsión de la guarnición austríaca. Sin embargo, el mariscal Radetzky, un viejo militar, héroe checo de las guerras napoleónicas, derrotó luego a las tropas italianas haciendo imposible que se extendiera la revolución contra Austria. Menciono esto, porque la **Marcha de Radetzky**, compuesta entonces por Johann Strauss -el viejo- en homenaje a este salvador de la monarquía y que Joseph Roth, autor de una novela con ese título, llamaría "una marsellesa del conservatismo", se convirtió en una especie de himno nacional popular del imperio. Precisamente al final de la conferencia les leeré un pequeño fragmento de la gran novela de Roth que refleja de una manera espectral la situación de derumbe de la monarquía.

Pero para comprender todo esto tenemos que tener en cuenta, así sea muy someramente, el cuadro global de lo que era el imperio austríaco, que a partir de 1867, por razones que expli-

caré, se convierte en la monarquía dual, la monarquía austro-húngara.

El Imperio Austríaco era una de aquellas monarquías de origen feudal (de hecho la dinastía se remonta a Rodolfo de Habsburgo hacia 1287 y reemplaza a la dinastía Babenberg en plena edad media). Este imperio de raíces feudales se vió envuelto en el proceso de contradicciones que implicaba el surgimiento del capitalismo tardío, el cual, con retraso pero con gran fuerza se había introducido en el viejo continente. Hay que tener en cuenta que la familia de banqueros Rotschild había financiado ya en 1836 la construcción del primer ferrocarril, y a partir de entonces empezaron a extenderse las líneas ferrocarrileras por todas partes para posibilitar el transporte de las materias primas y de los productos elaborados, así como la movilización de las gentes.

Hacia mediados del siglo el imperio estaba poblado por cerca de 35 millones de individuos, pero muy pronto la población se acrecentó, de tal manera que en vísperas de la guerra del 14 ya tenía 52 millones de habitantes. Estos 52 millones de habitantes y de súbditos de la corona austríaca se dividía en 11 pueblos, Austria era un imperio cuyo himno nacional se cantaba en 13 lenguas. Existían unos 9 a 10 millones de alemanes, un poco más de 8 millones de magiares o húngaros, unos 7 millones de checos y eslovacos, casi 4 millones de polacos, unos 3 millones de rutenos o ucranianos, casi 3 millones de rumanos y unos 6 millones o algo más de eslavos del sur, es decir de croatas, eslovenos y serbios. A estos 11 pueblos se agregaban los judíos, recogidos a todo lo largo y ancho del imperio en pequeñas comunidades y aldeas. Comenzaron a llegar a lo largo del siglo a Viena, formando aquí una comunidad bien característica de cuyo seno emergería una élite intelectual de primer rango.

En el imperio existen -o coexisten- a mediados del siglo pasado y todavía

en la década del 80 formas económicas sumamente diversas. Coexiste un capitalismo industrial en pleno auge, radicado en algunas zonas alemanas y checas (hay que recordar por ejemplo el caso de Kafka, que era abogado de la compañía de seguros de accidentes que atendía a las grandes hilanderías de Bohemia), con formas de producción muy atrasadas en el campo, particularmente en Hungría, en donde la nobleza magiar mantuvo a los sectores plebeyos del campo en un estado de feudalidad prácticamente hasta la llegada del ejército rojo en la primavera del año 45 según la opinión de un historiador católico liberal austríaco, Friedrich Herr.

Sin embargo Austria se encontró vinculada, como el resto de las naciones del mundo, en muy breve período de tiempo y de manera inevitable e irreversible, a la nueva organización de la economía mundial, a las expectativas del mercado mundial, lo cual obligó a algunos de los señores del campo a convertirse en verdaderos empresarios agrícolas. Como por ejemplo al príncipe Félix de Schwarzenberg, que había sido quien aplastara la revolución del 48 y a quien la dinastía agradecía su supervivencia. Estudió en Inglaterra las técnicas más avanzadas de la explotación agrícola y minera, convirtiéndose en un moderno empresario y terrateniente. Como las relaciones de servidumbre constituían un obstáculo para la efectiva racionalización de la producción agraria se impuso la abolición de la servidumbre y otras formas sociales anacrónicas, lo que respondía a necesidades objetivas del desarrollo económico y de otra parte era una medida preventiva ante la posibilidad de que la burguesía liberal encontrara apoyo en las masas oprimidas del campo.

De otro lado, se requería de una buena cantidad de fuerza de trabajo libre y dispuesta a emigrar del campo a las ciudades de manera que la industria urbana lograra consolidarse. Las cifras que he mencionado sobre el creci-

miento demográfico de Viena, que pasa de tener menos de medio millón de habitantes hacia 1859 para multiplicarse por cuatro en el transcurso de 50 años, corresponden en buena parte a una fuerte migración de campesinos que se transforman en obreros y habitan en los suburbios de la ciudad, caracterizados por una impresionante miseria y un gran déficit habitacional, de lo cual también encontramos muchos testimonios en la literatura vienesa de la época.

El 48 influye además decisivamente en la transformación urbanística de Viena. En octubre del 48, en las últimas y postreras luchas de la revolución (que dejaron en Viena entre 3.000 y 4.000 muertos), los fortines de la antigua ciudad medieval, la gran muralla que había resistido al embate de los turcos en 1683, se constituyeron en una verdadera barricada de los revolucionarios. Windischgrätz, el "liberador" de Viena, había bombardeado implacablemente las murallas de la antigua ciudad y, como en el caso del París del II imperio en donde el barón de Haussmann construyó los Bulevares, esas inmensas avenidas que tenían también como función impedir la construcción de barricadas, se impuso en Viena la destrucción de la antigua muralla que había contenido el embate de los turcos.

Aunque el Emperador Francisco José (que había sido coronado precisamente a consecuencia de la revolución porque su tío el emperador Fernando I era un idiota tolerado desde 1830 que sin embargo en las nuevas circunstancias no podía seguir reinando y fue obligado a abdicar) al principio se mostró hostil a la idea de derrumbar los históricos muros que además separaban a la ciudad antigua, donde vivían las familias más distinguidas, de los suburbios en donde comenzaba a aglutinarse ese proletariado que había puesto en jaque a la dinastía en el 48 (porque los reyes tuvieron que huir de Viena y solo regresaron protegidos por el ejército), terminó por aceptar final-

mente los argumentos de los banqueros, quienes sostenían que la única posibilidad de garantizar la expansión industrial de la ciudad y su modernización era destruir ese sistema de murallas rodeadas de fosos y grandes espacios de arena que constituían un territorio bastante amplio, porque utilizarlos era la única posibilidad de detener el costo de los arriendos y era necesario además construir nuevos distritos para albergar a los obreros, a los emigrantes que trabajaban en las industrias de Viena.

De ese modo se dejó convencer al emperador y el 20 de diciembre de 1857 -nueve años después de la revolución, un año después del nacimiento de Sigmund Freud- expidió un decreto en un estilo todavía muy característico de soberano absolutista: "Es mi voluntad que la ampliación de la ciudad interior de Viena con vistas a su apropiada conexión con los suburbios sea emprendida lo antes posible y que al propio tiempo se conceda atención a la regulación y embellecimiento de mi residencia y capital. A tal fin doy mi permiso para que sean abolidas la circunvalación y fortificaciones de la ciudad interior, así como los fosos que la rodean". Como comenta un historiador, "los años de la contrarrevolución llegaban a su fin, la nueva sociedad burguesa de Viena emergía del cataclismo como ganadora, aunque no como triunfadora"³.

En efecto, la sociedad burguesa no había triunfado pero comenzaba a ganar terreno, comenzaba a consolidarse en el interior del imperio de Francisco José. Ya en enero de 1858 se hizo una licitación, se invitó a la presentación de proyectos y se abrió un concurso entre los arquitectos, aceptándose en septiembre del 59 el proyecto que presentó un civil. Para 1864 -cuando Freud tenía 7 años- ya habían desaparecido los sectores principales del sistema de murallas, se había concluido con la demolición de los anchos baluartes, el rellenamiento de los fosos y las cunetas. La cesión de aquellas

partes del sistema de murallas que constituían el campo previo a la fortificación liberó una amplísima zona para la construcción de nuevas viviendas y los suburbios comenzaron a vincularse directamente a la ciudad. En el espacio que ocupaban las antiguas fortificaciones surgió una gran avenida en forma de herradura, que arrancaba de un extremo del Danubio y conducía al otro: la famosa **Ringstrasse** que se convirtió en la columna vertebral de un extraordinario proceso urbanístico, arquitectónico y artístico.

Allí se levantó en primer lugar, después de que en 1865 ya prácticamente había terminado el trazado de la avenida, el teatro de la Ópera que se inauguró en 1869 con una de las grandes óperas de Mozart, **Don Giovanni**. Luego, entre 1872 y 1881, se construyeron al lado de la ópera los dos grandes museos de la corte, destinado el uno a la historia del arte, en donde se encontraban y se encuentran todavía hoy las grandes colecciones de arte de los Habsburgo, y al frente otro inmenso palacio que alberga el museo de historia natural, que naturalmente no podía faltar. En medio del gran parque que los separa, una enorme estatua ecuestre de María Teresa, la gran déspota del siglo XVIII.

Más adelante, en la misma Ringstrasse, se construyó el nuevo edificio del Parlamento, un palacio griego con columnas dóricas que fue inaugurado en 1883, la obra de un joven arquitecto danés, Teophil Hansen, que también construyó la sala de conciertos de la **Musikverein** en 1889 y el palacio de la bolsa (1877), en el estilo neorrenacimiento. También se construyó el Ayuntamiento, la **Rathaus**, en estilo gótico tardío, un poco inspirado su arquitecto -Friedrich Schmidt- en los edificios de ayuntamiento de las ciudades flamencas, de gran significación en la historia de la arquitectura burguesa. Los ayuntamientos de Bruselas, por ejemplo, de Lieja, de Brujas,

3. BAREA, Ilse. **Viena, Leyenda y Realidad**. Ediciones G. P., Barcelona, 1969, pág. 290

constituyeron el modelo en que se inspiró este arquitecto para elevar lo que es la alcaldía de la ciudad. Dice Ilse Barea que ese edificio neogótico estaba destinado a expresar "fuerza y confianza"; también proclamaba "las románticas aspiraciones de la nueva generación de alcaldes, consejeros y financieros municipales que eran ciudadanos importantes y liberales": la manifestación arquitectónica del ascenso de la burguesía vienesa. Lo mismo que el nuevo **Burgtheater**, erigido al frente del ayuntamiento, cuya construcción duró de 1872 a 1882 y se estrenó con una obra del poeta nacional austriaco, Franz Grillparzer, y del **Campamento de Wallenstein**, la gran obra dramática de Schiller. Y la nueva sede de la universidad, un edificio monumental, muy elegante, que corresponde a los lineamientos del Renacimiento, construido entre 1882 a 1884 de acuerdo con un proyecto del arquitecto Ferstel.

La Universidad comienza a gozar en la época liberal de garantías legales, de independencia académica. Libertad de enseñanza y finalmente un mínimo de protección contra la interferencia burocrática del Ministerio de Religión y Educación, en el cual siempre se había dado una lucha entre liberales y clericales. En 1873, por ejemplo, se estableció una ordenanza ministerial en la que se decía que el derecho a honores académicos sería independiente de la fidelidad religiosa (hasta entonces los clericales siempre habían exigido que los profesores distinguidos académicamente fuesen católicos, apostólicos y romanos ultramontanos). Sólo en este momento la Universidad adquirió esa libertad.

Sin embargo, esta historia espléndida de construcciones arquitectónicas de primer rango tenía algo de falso. A finales del siglo uno de los creadores de la arquitectura moderna, Adolf Loos, acuñó la expresión **Potemkin-dörfer** ("aldeas de Potemkin") para referirse al programa de construcciones suntuarias de Viena. Las "aldeas de Potemkin" habían sido unas aldeas de mentira levantadas con base en andamios, cartón y lienzo pintado que mandó erigir Potemkin, uno de los favoritos de la emperatriz Catalina de Rusia, para mostrarle, después de aplastar el levantamiento de Pugachev -que fue uno de los más grandes levantamientos campesinos en el imperio ruso unos años antes del estallido de la revolución francesa-, que ya el campesinado se había apaciguado y prosperaba.

La expresión de Adolf Loos tenía que ver con el telón de fondo de este pro-

grama suntuario alrededor de la Ringstrasse. Como dice la historiadora Barea, "Viena se extendía y según términos del decreto imperial se embellecía mientras el imperio se estrechaba. Su vida cultural y social crecía mientras los cimientos de su importancia como centro de un estado multinacional eran asaltados y socavados. Solo una pequeña minoría se sentía consciente de ello, pero las tensiones estaban latentes. La pompa y circunstancias de la Ringstrasse, las fachadas ostentosas y las decoraciones interiores de viviendas particulares que repetían los modelos de la Ringstrasse, a menudo en formas adosadas, simbolizaban la autopermanencia y la ilusión de perduración". Pues, en realidad, el período durante el cual reina Francisco José es de permanente decadencia del imperio y la dinastía de los Austria.

En el lapso de 20 años, del 49 al 69, fueron aprobadas ocho constituciones diferentes que eran revisadas y retractadas, experimentando con el federalismo, con el centralismo, con el voto directo, con el voto indirecto, con el gobierno autoritario, con el gobierno representativo. Cada vez que terminaba una guerra con una nueva pérdida territorial de la corona austriaca se ensayaba una nueva constitución.

Cuando por ejemplo terminó la campaña italiana de 1859, que le costó a Austria la pérdida de la Lombardía, se expidió el llamado "Decreto de octubre", de 1860, que instituía un parlamento limitado a tareas consultivas aunque con el privilegio de autorizar el presupuesto y los impuestos, compensando ese débil núcleo de representación con la prerrogativa del Emperador y las





dietas provinciales. Pero las dietas provinciales estaban dominadas por los grandes terratenientes, ultraconservadores y enemigos de toda centralización del Estado que ellos consideraban afectaba su soberanía.

Lo mismo sucedió con la constitución liberal de febrero de 1861 que albergaba una intención centralista de modernización y consideraba un parlamento de diputados elegidos por las dietas. Los derechos y distritos electorales estaban siempre calculados para lograr una posición predominante de la clase media-alta alemana sobre las otras nacionalidades y esto planteaba permanentemente un problema entre la clase culta alemana y el nacionalismo de checos, eslovacos, rutenos, húngaros, etc.

Finalmente, en el año de 1866 Austria sufrió una derrota militar definitiva para su proceso histórico. En el momento en que la Prusia de Bismarck derrota en Sadowa al ejército austríaco este logra excluir con ello a Austria del proceso de la unidad alemana. Por su condición de protestante -entre otras cosas- no quería que Austria se vinculara a la solución de una gran nación alemana y el resultado de la batalla de Sadowa le permitió integrar los territorios alemanes dejando por fuera a Austria. Pero ello además reveló a los ojos del mundo que ésta se había convertido en realidad en una potencia de segundo orden. En efecto, a partir de

las derrotas italianas a finales de la década del 50 y sobre todo de la de Sadowa, o de Königgrätz (se la conoce también por el nombre de esta otra aldea) Austria se convirtió en una potencia de segundo orden y por ejemplo su participación en la Primera Guerra Mundial será melancólica: antes de concluir el primer año después de haber comenzado la contienda el ejército austríaco ya no cuenta para nada.

Como consecuencia de la derrota de Sadowa el emperador se vio obligado a hacer una gran concesión a la nobleza magiar. El imperio dependía cada vez más del trigo que producía la llanura húngara; Budapest se había convertido en una gran metrópoli, porque los cereales húngaros estaban saliendo cada vez en mayor cantidad al mercado mundial, y a partir de 1867 el imperio se convirtió en la monarquía dual (que algunos escritores llamaban "anarquía dual"). A partir de ese momento se convierte en Austria-Hungría, el emperador lo es de Austria a la vez que rey de Hungría. La nobleza magiar tiene completa autonomía para explotar a su vez no sólo a los plebeyos húngaros sino a las nacionalidades que se encuentran sometidas bajo su soberanía, el único compromiso consiste en un mando único del ejército y en un ministerio de relaciones exteriores común. Pero llegó a darse el caso de que el conde Andrasi, que había sido condenado a muerte por su participación en la revolución del 48, fuera nombrado primer ministro por el emperador.

En medio de ese gran esplendor, a lo que asistimos es a un derrumbe paulatino, a una crisis progresiva del imperio, lo que coincide además con la decadencia del liberalismo austríaco.

En realidad, el liberalismo austríaco estuvo siempre sometido a la inercia del gran pasado feudal. Como lo ha expresado Carl J. Schorske en un artículo intitulado **Un Trío Austríaco-Político en un Nuevo Tono**, que publicó en 1971 en la revista *Merkur* y des-

pués incorporó a su gran libro *Viena Fin-de-Siècle*, que es de referencia obligada en estos casos, "dos hechos sociales básicos diferencian a la burguesía austríaca de la francesa y la inglesa. Aquella no logró destruir a la aristocracia ni fusionarse plenamente con ésta, y a causa de su debilidad siguió siendo dependiente y profundamente leal al emperador como padre protector distante pero necesario".

"El fracaso en adquirir el monopolio del poder siempre hizo del burgués una especie de intruso que intentaba integrarse a la aristocracia. El numeroso y próspero elemento judío de Viena reafirmó esta tendencia con su firme fuerza de asimilación. Rara vez ocurrió en Austria una asimilación social directa a la aristocracia. Ni siquiera quienes ganaban patente de nobleza eran admitidos, como ocurría en Alemania, en la vida de la corte imperial. Pero era posible lograr la asimilación por otro camino más abierto, el de la cultura, aunque también éste tenía sus dificultades. La cultura tradicional de la aristocracia austríaca estaba muy lejos de la cultura legalista y puritana del burgués y del judío. Profundamente católica, era una cultura sensual, plástica. Allí donde la cultura tradicional burguesa veía a la naturaleza como un campo a ser dominado mediante la imposición del orden bajo la ley divina, la cultura aristocrática austríaca consideraba a la naturaleza como un escenario de placeres, una manifestación de la gracia divina que debía glorificarse en el arte, particularmente del barroco. La cultura austríaca tradicional no era, como la del norte de Alemania, moral, filosófica y científica, sino sobre todo estética, sus mayores logros correspondían a las artes aplicadas y escénicas: la arquitectura, el teatro y la música. La burguesía austríaca arraigada en la cultura liberal de la razón y la ley se vio así confrontada a una cultura aristocrática más antigua de signo sensual y gracia. Los dos elementos, anotaba Arthur Schnitzler, sólo podían formar un compuesto sumamente inestable.

La primera fase de asimilación a la cultura aristocrática fue puramente externa, casi mimética. La nueva Viena construida por la burguesía en ascenso de la década de 1860 la ilustra en piedra. Los gobernantes liberales, en una reconstrucción urbana que empujea la realizada en París por Napoleón III, intentaron proyectar su obra en una historia, en un linaje con edificios grandiosos inspirados por un pasado gótico, renacentista o barroco que no les era propio".⁴

Y con esto nos introducimos en el problema de la crisis del liberalismo vienés, la crisis de una ideología que se basaba en la idea del progreso, en la fe en que la monarquía constitucional sustituiría al absolutismo despótico, que el centralismo parlamentario sustituiría al federalismo aristocrático y que la ciencia reemplazaría a la religión, una fe que sostuvo durante lustros a los liberales austríacos y que condujo más bien a desencadenar fuerzas que los liberales no podían controlar.

Durante el último cuarto del siglo XIX el programa que los liberales habían elaborado contra la aristocracia provocó el estallido de los de abajo, de las clases bajas. Los liberales lograron liberar las energías políticas de las masas, pero contra sí mismos y no contra sus antiguos enemigos. Los liberales alemanes habían pensado que ellos deberían educar a las poblaciones halógenas del imperio. Un político alemán, J. N. Berger, decía en 1861 que los alemanes no debían esforzarse por la hegemonía política sino por la hegemonía cultural de los pueblos de Austria. Obviamente, ellos pensaban que la cultura alemana era superior a la cultura de los otros pueblos, porque ningún otro pueblo podía presentar un poeta como Goethe, un compositor como Mozart o Beethoven, en todos los campos de la cultura era la cultura alemana superior a la checa, a la eslovaca, a la húngara, o la ucraniana, etc.

Pero cuando los liberales intentaron esta germanización lo que lograron fue despertar el nacionalismo de los otros pueblos. Así surgió, por ejemplo, un movimiento llamado de "los jóvenes checos", un movimiento enfáticamente antigermano; y cuando los liberales moderaron su germanismo en beneficio del Estado multinacional fueron tildados de traidores por la pequeña burguesía chauvinista que lideraron Lueger y von Schönerer. Resulta muy sintomático pensar por ejemplo que el archiduque Francisco Fernando asesinado el 28 de junio de 1914 (desencadenando con ello el proceso que conduciría al estallido de la Primera Guerra Mundial) era partidario de una monarquía tripartita, quería conceder a los checos un rey, haciendo de Praga también, como ya lo era Budapest, la capital de un reino, el reino de Moravia. Y sin embargo este heredero de la corona sería asesinado por una organización de nacionalistas serbios -la Mano Negra- que no aceptaban esa fórmula.

De una parte nos encontramos entonces con un nacionalismo antigermánico en las poblaciones halógenas del imperio y de otra parte con un germanismo antisemita exacerbado en los sectores bajos y medios de Viena y de la provincia, que es canalizado por dos demagogos, Lueger y von Schönerer. Y finalmente, un catolicismo que el liberalismo había desbancado de escuelas y tribunales y que ahora regresaba como ideología del campesino y del artesano que identificaba el liberalismo con el capitalismo y el capitalismo con el judaísmo. Como dice Schorske, el fracaso del liberalismo dejó al judío como víctima y la respuesta más persuasiva a la victimización fue la huida a la tierra natal que propuso el sionismo.

En este capítulo del ensayo de Schorske se habla de un "trío austríaco" porque se resume el caso de los ya mencionados agitadores antisemitas y de



Theodor Herzl, un judío asimilado nacido en Budapest que siendo corresponsal en París del gran periódico liberal de Viena (*Neue Freie Presse*) fue testigo del proceso Dreyfus y de la gran campaña chauvinista que desencadenó la *Actión Francaise*, un movimiento precursor del fascismo en Francia, y por ello decidió que el judío tenía que buscar una patria en Palestina, organizando de esta manera el sionismo y el Primer Congreso Sionista Internacional.

Pero la crisis del liberalismo se ve acompañada además del surgimiento de la clase trabajadora. En 1888 el médico judío Víctor Adler, que característicamente había sido primero un gran entusiasta pangermano, un gran devoto de Wagner y de la ideología Wagneriana, reconoció la necesidad de organizar a los obreros, a los emigrantes que desempeñaban el papel más bajo en la ciudad de Viena, y ya en 1888 ese partido obrero, la Social-Democracia, se independiza del liberalismo, en cuyo seno se habían iniciado políticamente tanto Adler como von Schönerer y Lueger. En realidad, con la elección de este como alcalde de Viena en 1897 termina ese período en la historia de la ciudad. El Emperador se había opuesto en dos ocasiones a ratificar su nombramiento, pero finalmente tuvo que aceptarlo.

4. SHORKSKE, Carl J. Viena, Fin-de-Siècle. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1981. pág. 29

Y de esta manera, para terminar tenemos que referimos un poco a Francisco José, el emperador de opereta, el monarca de una circunstancia fantasmagórica en esa Viena finisecular, sobre el cual escribiera Robert Musil que de su propia existencia los más jóvenes entre sus súbditos dudaban. En la gran novela *El Hombre sin Propiedades* -o como se ha traducido en la edición española, *El Hombre sin Atributos*- decía Musil que "el emperador y rey de Kakanía era un anciano caballero legendario".

"Desde entonces se han escrito muchos libros sobre él y se sabe exactamente lo que hizo, impidió o dejó de hacer; sin embargo, en la última década de su vida y de la vida de Kakanía a los jóvenes que estaban familiarizados y al corriente del estado de las artes y las ciencias les sorprendía sin duda de si existiera realmente. El número de retratos suyos que se veían era al menos tan grande como el número de habitantes de sus territorios, el día de sus cumpleaños se comía y se bebía mucho como en el del Salvador, en los montes flameaban las fogatas y se oía la voz de millones de personas que juraban que lo amaban como a un padre, por último el himno que resonaba en su honor era la única composición poética y musical de la que todo kakania sabía al menos una línea, pero esta popularidad y publicidad eran tan extremadamente convincentes

que hubiera podido fácilmente darse el caso de que la creencia en su existencia fuera más o menos como la visión de ciertas estrellas que dejaron de existir miles de años antes".

FREUD'S VIENNA HISTORICAL, POLITICAL AND CULTURAL CONTEXT

The text represents a global picture of the Austrian empire situation through out the second half of the XIX Century and particularly in Vienna. During this period, Vienna was transformed into a great metropolis characterized by a great number of contradictions and difficulties. Converting her into the nest of a very original culture which the old monarchy structure and whose most peculiar and strong elements is exactly the livid and psychoanalysis theory created by Sigmund Freud by the end of the century.

monarca abstracto como tal". Y lo describe en los siguientes términos:

"Ese era exactamente el efecto que producía sobre sus súbditos, tanto en los archiduques, como en la aristocracia y la clase media e incluso en los trabajadores. El, un hombre de escaso calibre, un Habsburgo en el que las características hereditarias de su raza no estaban intensamente marcadas y de ahí un hombre con poco sentido del desarrollo político y social, pero también sin la facultad de ponerse en contacto inmediato con sus semejantes, por carecer del menor sentido del humor y en particular del ingenio de los Habsburgo; en resumen, un individuo más bien insignificante de pocas miras y

pocos vuelos, era capaz sin embargo de alcanzar el epítome de la majestad, no porque llevara sobre sí un fardo de infortunio personal, casi tan pesado como en una tragedia griega ni tampoco porque esos infortunios pudieran despertar reverencia. La compasión reverencial está limitada a la escena, mientras que en la vida real la masa no es público y por tanto es ajena a toda compasión, sino porque había llegado a ser acaso a causa de su propia debilidad capaz de tomar sobre sí la imponente dignidad de la soledad absoluta, siendo todo lo contrario del emperador de un pueblo ... era sin embargo el emperador a los ojos del pueblo.

En efecto, la tragedia de Francisco José comienza por el fracaso de su matrimonio con la bella emperatriz Elizabeth, que desde un principio lo abandonó y finalmente fue apuñaleada por un anarquista en el lago de Ginebra, luego por el fusilamiento de su hermano el archiduque Maximiliano en Querétaro por parte de Benito Juárez, y finalmente por el suicidio de su hijo el heredero de la Corona, Rodolfo de Habsburgo, que era probablemente una alternativa liberal al viejo monarca y se suicidó con su amante de 17 años en el castillo de Caza de Mayerling hacia la década del 80. Esta era la circunstancia muy dramática del Emperador de los Austríacos".

En el *Magazine Litteraire* del año 1986 dedicado a "Viena en la aurora del siglo XX" se dice de Francisco José, en el cabezote del artículo que dedica el italiano Claudio Magris, un gran conocedor del imperio austro-húngaro, al emperador: "Un imperio viejo de miles de años lo aplasta. Francisco José deja desfilar el fin de siglo sin comprender su extrema riqueza. Bonachón, indiferente y mediocre, es una momia del poder".

Para terminar, leamos unos párrafos de la gran novela de Joseph Roth: *La Marcha de Radetzky*, que ya he mencionado, porque en ninguna parte, ni siquiera en la de Musil, que alberga

desde luego una profunda reflexión sobre esta circunstancia, se ha descrito de manera más dramática la decadencia del imperio austro-húngaro. En esta novela se relata la vida de tres generaciones de militares austríacos, la familia von Trotta, muy fiel al emperador. Hacia el final de la novela uno de sus miembros más jóvenes se encuentra de servicio en una zona periférica del imperio y es visitado por su padre, siendo agasajados por un conde que les dice lo siguiente:

“Me permití invitarles aquí, dijo Chojnicki, porque en el castillo nuevo seguramente hubiéramos sido interrumpidos y molestados de continuo. Allí, por así decirlo, mi puerta está siempre abierta a todo el mundo, y todos mis amigos pueden acudir cuando quieren. Por lo demás, aquí sólo trabajo.

Usted trabaja? Preguntó el señor comisario.

Sí, dijo Chojnicki. Trabajo por placer, por así decirlo. No hago más que seguir la tradición de mis antepasados, y en realidad no me lo tomo tan a pecho como mi abuelo, por ejemplo. Los campesinos de esta región le tenían como un gran mago, y quizá en el fondo lo fue. De mi también lo creen, pero no lo soy. Hasta ahora no me ha sido posible fabricar el más mínimo rastro de polvo.

Polvo?, preguntó el comisario. Polvo, de qué?

De oro, naturalmente!, dijo el conde como si se tratara de la cosa más comprensible del mundo.

Prosiguió: Yo entiendo algo de química. Es un talento heredado en nuestra familia. Aquí, en estas paredes, como ustedes ven, tengo los más antiguos y modernos aparatos propios de esa ciencia.

El señor comisario vio seis hileras de estantes de madera en la pared. En los estantes había morteros, filtros de

papel, envases de vidrio, como en las farmacias antiguas, extrañas redomas llenas de líquidos coloreados, lamparitas, mecheros de gas y tubos de vidrio.

Curioso, muy curioso y extraño!, aseguró el señor de Trotta.

Y ni yo mismo sé con seguridad -prosiguió Chojnicki- si me lo tomo en serio o no. Llego a apasionarme... cuando acudo por las mañanas buscando en las recetas de mi abuelo, y al probarlas me río de mí mismo y me marcho. Y regreso de nuevo y vuelvo a probar.

Extraño, muy extraño!, repitió el señor de Trotta.

No más extraño que todo lo demás yo podría hacer observó el conde. Debo ser ministro de Cultura e Instrucción Pública? Me fue ofrecido el puesto. O bien jefe de sección en el ministerio del Interior? También me fue ofrecido. He de marchar a la corte? Podría hacerlo, Francisco José me conoce...

El comisario apartó su silla unas dos pulgadas de la mesa. Cuando Chojnicki mencionaba por su nombre al emperador, como si fuera uno de aquellos risibles diputados que desde la introducción del nuevo sistema de elecciones generales ha-

bían penetrado en el Parlamento, o

bien, en el mejor de los casos, como si ya hubiera muerto y fuera una figura legendaria más en la historia patria, el comisario sentía una punzada en el corazón. Chojnicki se corrigió:

Su Majestad me conoce!

El comisario se acercó de nuevo a la mesa y preguntó:

Y por qué, con perdón..., considera tan vano servir a la patria como buscar una fórmula para hacer oro?

Porque la patria ya no existe!

No comprendo!, dijo el señor de Trotta.

Ya imaginaba que no me comprendería -dijo Chojnicki-. Ninguno de nosotros vive ya!

LA VIENNE DE FREUD: SON CONTEXTE HISTORIQUE, POLITIQUE ET CULTUREL.

Le texte présente une vision globale de la situation de l'empire autrichien au long de la seconde moitié du XIXe siècle, et en particulier de la ville de Vienne. Pendant cette période, Vienne est devenue une grande métropole caractérisée par de multiples contradictions et tensions, donnant lieu au berceau d'une culture très originale à l'intérieur de laquelle -par contraste avec les vieilles structures de la monarchie- la conscience moderne s'est manifestée, et dont l'un de ses éléments les plus particuliers et vigoureux est justement la théorie de la libido et la psychanalyse créée par Freud à la fin du siècle.

De nuevo se hizo el silencio, esta vez más angustioso y profundo. Habíase apagado el último resplandor del anochecer. A través de las delgadas hendiduras de las celosías hubieran podido ver algunas estrellas, de tener alguien interés en contemplarlas. El canto de los grillos, metálico y agudo, había suplido al más bronco y macizo de las ranas. De vez en cuando se oía la dura llamada del búho. El comisario, estupefacto, atontado, tanto por la fuer-

za del alcohol y del extraño ambiente que se respiraba en aquel lugar, como

por los extraños decires del conde, miró de reojo a su hijo, para convencerse de que por lo menos tenía a su alcance a una persona conocida y en quien podía confiar. Pero ni Carlos José le parecía próximo y familiar! Quizá Chojnicki había dicho una verdad y ninguno de ellos se hallaba en realidad en aquel lugar ni en ningún otro. Ni la patria, ni el comisario general, ni su hijo! Con gran esfuerzo el señor de Trotta logró formular una nueva pregunta:

No comprendo! Cómo puede no existir ya el Imperio?

Naturalmente que sí! -repuso Chojnicki- Tomado literalmente, existe aún. Todavía tenemos un ejército -miró el conde al teniente- y funcionarios -terminó, la vista puesta ahora en el señor de Trotta-. Pero se está descomponiendo ya mientras todavía vive su cuerpo. Se descompone, está ya descompuesto. Un anciano, consagrado a la muerte, en peligro ante cada resfriado, se mantiene en el viejo trono simplemente por el milagro de que todavía puede sentarse en él. Por cuánto tiempo? Cuánto durará? Los tiempos ya no nos protegen. Nuestra era desea crear Estados nacionales independientes. Ya no se cree en Dios. La nueva religión es el nacionalismo. La gente ya no frecuenta las iglesias. Va a los congresos nacionales. La monarquía, nuestra monarquía, está basada en la devoción: en el convencimiento de que Dios escogió a los Habsburgo para que reinaran sobre una multitud de pueblos cristianos. Nuestro emperador es un hermano mundano del Papa, se intitula su Majestad Real e Imperial. Apostólica como ninguna en el mundo, y como ninguna otra de Europa entregada y dependiente de la gracia de Dios y de la fe de los pueblos en esa gracia. El emperador alemán continuará reinando aun cuando Dios le abandone, si es preciso, por la gracia de su pueblo. El emperador de Austria y Hungría no debe ser abandonado por Dios. Pero Dios le ha abandonado!

El comisario se levantó. Nunca hubiera creído que existiera en el mundo un hombre capaz de afirmar que Dios había abandonado al emperador. Sea como fuere, él, que toda la vida había dejado las cuestiones divinas a los teólogos, que había considerado la Iglesia, la Santa Misa, las ceremonias religiosas de la festividad oficial del Día de los Difuntos, al clero y al propio Señor como instituciones secundarias de la monarquía, comprendió que aquellas palabras aclaraban de una vez aquella confusión en que le había sumido, de un tiempo a aquella parte, la muerte de Jacques. Ciertamente, Dios había abandonado al anciano emperador! El comisario dio unos pasos, bajo sus pies crujió el viejo entarimado. Se acercó a la ventana y por los resquicios de las cortinas observó la oscura noche. Todos los fenómenos de la Naturaleza, todos los acontecimientos de la vida diaria, adquirían repentinamente un significado amenazador e incomprensible. Incomprensibles eran los cantos de los grillos, el parpadeo de las estrellas, el azul aterciopelado de la noche. Al comisario le era incomprensible su propio viaje a la frontera y la invitación del conde Chojnicki. Volvió a la mesa. Con una mano se acariciaba una patilla, como acostumbraba hacer cuando se hallaba algo indeciso. Algo indeciso! Tanto no lo había estado nunca en su vida!

Ante él había un vaso lleno. Apuró su contenido de un solo trago.

De manera que... -dijo- usted cree, usted cree que nosotros, nosotros...

...Estamos perdidos -añadió Chojnicki-. Estamos perdidos, usted y su hijo y yo. Nosotros somos los únicos seres de un mundo en el que Dios concede su gracia a los reyes y en el que aún hay locos que buscan oro, como yo. Vea usted! Escuche! -Y Chojnicki se levantó, se acercó a la puerta, alargó la mano a un interruptor y en la gran araña resplandecieron las bujías-. Vea usted!

-dijo Chojnicki-. Esta es la época de la electricidad, no de la alquimia. Y de la química también, comprende? Sabe lo que significa esta palabra: nitroglicerina? Nitroglicerina! Y no oro! En el castillo de Francisco José aún se encienden velas, va comprendiendo? Seremos destruidos por la electricidad y la nitroglicerina. Y no tardará mucho, no tendremos que esperar demasiado".

Como complemento a lo anterior y para terminar, revisemos el texto que encabeza el Dossier sobre la Viena de comienzos del siglo del Magazine Littéraire de 1986 que ya he mencionado. Dice lo siguiente:

"Nuestro siglo ha nacido ciertamente sobre los recortes de una decoración de opereta. Enmarcados por estucos y espejos rococó los burgueses de Viena se hundían en un último vals. Entonces surgen los agua-fiestas perturbadores. Schönberg hace resonar su música dodecafónica, Loos despoja las fachadas, Klimt pone al desnudo el cuerpo de la mujer, Freud da a luz el inconsciente sobre su diván, Musil estigmatiza a Kakania y Kraus insulta a sus contemporáneos. Art Nouveau, joven Viena: la obsesión de la modernidad asedia el fin de un siglo y de un imperio. Muchos de estos innovadores se suicidaron, eran demasiado jóvenes en un mundo demasiado viejo. Hoy en día parecen modelados para nuestro fin de siglo" *

